EL MONÓLOGO INTERIOR EN LOS *SONETOS DE LA MUERTE,* DE ODÓN BETANZOS PALACIOS

Por *Luis Pérez Botero*

"En nosotros hay algo mortal y caduco y algo divino y eterno". Me parece que estas palabras de Cicerón pueden ponerse de fundamento para explicar el profundo sentido de los *Sonetos de la muerte* de Odón Betanzos Palacios, Director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. En cincuenta y seis sonetos, divididos en dos partes, tituladas "Los presentimientos" y "La muerte misma", el poeta expresa los sentimientos que inspira la caducidad de la vida y la superación de estos sentimientos con la cosmovisión cristiana, tanto en la vida como en la muerte. La arquitectura estética de estas composiciones permite al lector atento contemplar, como en un retablo maravilloso, las figuras más sorprendentes de la muerte que ha creado la imaginación, puestas todas ellas a lo largo de un monólogo trágico dirigido a los amigos que leerán estos sonetos con cariño y admiración.

El punto de partida es el momento en el que la vida se le rompe al poeta en dos partes. La una es un "hasta ayer", cuando quería subir hasta la cima como logro final de una vida de esfuerzo continuo. La otra es el "hoy", cuando, "cansado y sin aliento", se dirige a los oyentes imaginarios pidiéndoles: "Miradme tal cual voy", "quebrado" interiormente (Soneto I).

Prosigue diciendo que lo "reclama una voz" que parece "alta mar encadenada". Agrega que lo alcanza "una obsesión de vendavales". En estas dos imágenes dibuja vigorosamente el llamado de la muerte. Puede decir que, desde ese momento, vive "muerto". El presentimiento de la muerte, que define como una llamada de una fuerza aterradora, lo domina y le cambia la vida en muerte (II).

Este morir en vida lo muestra como una "noche infame que no acaba" y que le hace dudar en el propósito de seguir la senda de la esperanza. Reacciona al punto, porque no quiere seguir confundido sino, por el contrario, avanzar hacia la luz.[1] (III)

En el soneto siguiente (IV) aparece el poeta "cercado" por la muerte. Ante "las

[1] Parece que aquí hay una alusión a las últimas palabras de Goethe: "Luz, más luz".

paredes tercas de los infinitos" clama y clama al Eterno[2]. Así camina, sorteando el "desfiladero" de la muerte. "Allá abajo" se ve a sí mismo "amortajado" (V). Pero, "más allá de la muerte y de la vida", busca "en el bien del alma", "lo más amado". Describe una especie de muerte "invertida". "Ama sin saber que ama". En ese instante invoca a Dios, Señor de la muerte y de la vida (VI). Se ve a sí mismo "roto por dentro", caminando por un "camino sin salida", en "un viacrucis de grandes padeceres". Dice a los amigos que lo escuchan: "Miradme en los ojos, crucificado"[3] (VII).

Empieza el soneto siguiente (VIII) con esta afirmación: "No hay más grande que la verdad dicha en tiempo". Un grito le desgarra el alma "como si quisiera asfixiar la dicha". Ya no le queda sino la vida que le quema los días "en holocausto de su propio sino". En otro soneto se traslada al momento en que "llega la hora de morir". La vida que estimó en belleza la siente herida "a golpe de maldades". Con las ansias de morir se le empieza a morir el alma lentamente (IX). Sabiendo entonces que el cuerpo es nada, mira por si la luz que "sueña" "sube" a su lado. Pero la luz está quieta "en la vida sin sentido". Como en las cortes de la muerte, llama a la muerte, trasciende la muerte, caminante ciego que junta las manos para orar (X). El mundo se le viene encima. Pide asilo a Dios, como el condenado que ve llegar la soga "en altas olas como en mares" (XI).

El poeta presiente tensiones dolorosas, aires raros y largos que "se vuelven hacia otros infinitos" "más allá del cosmos". Lo sujeta "una fuerza impenetrable", y levanta su espíritu al Señor para que le permita hablar consigo mismo y así espantar "las negras asechanzas" (XII).

No sabe, sin embargo, qué es aquello en que está detenido. Forcejea, lucha, espera y siente que es nada en los desfiladeros de la muerte. Pero todavía vive, reza y atestigua que ha vivido "con una pena perseguida y mansa" (XIII). Bebe, sorbo a sorbo, "lo agrio de la vida". El dolor, como en un juego de cartas, se alza con la fe del poeta y le "gana la partida". Solamente le queda pedir descanso "a los vientos traicioneros" que lo empujan a lanzar ayes lastimeros (XIV).

En el "desvivir" esclavizado al dolor ve "un aire de martirio". Se considera como un esclavo "marcado en la frente" (XV). Siente "el punto feroz" de la zozobra que lo invade. El alma se le rompe y "fugitiva busca y no encuentra la esperanza". La vida se le pierde en un laberinto hasta donde van a buscarlo como a un reo (XVI).

Aparece en otro soneto una imagen velada de la crucifixión de Cristo, con los detalles de la mano con que bendecía sangrante, "en la frente visibles las espinas", un dolor en el costado y las sobras de la noche que se cierra (XVII). El poeta se queda solo en su dolor, en medio de una "pira chispeante". Reconoce la tragedia que lo ahoga y

---

[2] En los versos finales de este soneto aparecen los conceptos de Cicerón (*Leg.* 1, 23, 61), citados al principio.

[3] Como el lector podrá ver, en los *Sonetos de la muerte* hay un progresivo acercamiento a la figura de la muerte de Cristo en la Cruz, en la que las ideas de Cicerón, que hemos mencionado, se hacen sorprendente realidad.

pide por el alma "que se muere sola" (XVIII). Se pregunta "si esto es vivir" y mide "la gloria de amar y ser amado". Así pasa "la eternidad de los momentos haciendo del dolor una montaña" (XIX). La canción "que envolvía vivires como en ondas" se ha ido. En ese momento "de sufrir eterno", alza su empeño "hasta el Dios de los quereres". Le pide que haga al poeta "más claro, más humano y tierno". En este momento el "dolor del perseguido" por la muerte es realmente sublime (XX).

En la parte final del monólogo, el poeta se adentra por los ríos de la vida interior, crucificado por la luz del vivir, insensible ya a la pena. Un dolor manso "se ovilla en amorosa mansedumbre", mientras sangra el dolor "sustantivo" que lo persigue "en las bajuras y en la cumbre" (XXI). Intenta sumergirse hasta el fondo del cielo. Busca el alma arriba, con "un dolor opacado", y declara: "Cargo en mí como el dolor del mundo". Este último verso del soneto XXII expresa claramente lo que, para muchos, es la síntesis de la profesión de los poetas[4]. El poeta es un Cristo redivivo.

Los dos últimos sonetos están llenos de un moderado y circunspecto optimismo. "Libre soy en el crucificar eterno / como libre pasea el sol naciente". De nuevo oye "la alta voz de los vendavales" de que hablaba en el soneto (II). Ahora entiende lo que esa gran voz le dice: "Vente". Y lo acepta: "Este vente es el eco que en mi alma espero". Ya tiene valor para sufrir "cien agonías". Se fija en los rosales "como si en ellos le nacieran días" (XXIII). Pero todavía lo atormenta el penar que le desarticula el mundo. A lo lejos, la voz de la muerte le repite: "Vente".

Como podrá haberlo notado el cuidadoso lector, los XXVIII sonetos de la primera parte de *Los sonetos de la muerte*, titulados "Los presentimientos", forman un discurso completo sobre la muerte, desde una perspectiva sinceramente cristiana. La visión del mundo que trae consigo la contemplación de la muerte en Odón Betanzos Palacios supera la visión antigua del temor a lo invisible[5] y llega a una cima de confianza y de seguridad circunspecta ante el contraste de lo caduco y lo imperecedero de la existencia humana. Este es un valioso título de sinceridad consigo mismo y de apertura hacia la humanidad que hace de esta poesía un monumento a la fuerza de la vida cristiana y a la grandeza y dignidad del hombre en la muerte.

En la segunda parte, que también consta de XXVIII sonetos, el monólogo trágico continúa. Pero ya no tiene el carácter puramente mimético de la primera parte, sino que se convierte en *diegesis*, según los explica Segre, porque combina la descripción de la muerte con la narración de la muerte del hijo, presenciada por el padre. "Lo veía en muerte y no me lo creía", dice. Y explica "Una fuerza oscura, atroz, me lo moría" (I). Con estas palabras señala el poeta el carácter sorpresivo e imposible de detener que tiene la muerte cuando sobreviene a una persona amada.

---

[4] Un pensamiento semejante expresa el poeta colombiano Guillermo Valencia en el poema "Los crucificados" y en estos dos versos del poema "Los camellos": "Sólo el poeta es lago entre este mar de arenas / sólo su arteria rota la humanidad redime".

[5] En las *Instituciones*, Quintiliano hablaba del "temor de mi mortalidad" (Praef. 6).

En estos versos del soneto (II) parece aludir a la pena del sentimiento de la muerte: "Son dolores amargos / que llevan penas sobre penas". Ante ese inevitable: "Todo era así", el poeta responde con las lágrimas. Y aclara poéticamente lo sucedido a su hijo: "Le empujaba la vida...Pero la muerte decidía".

La muerte le "rompe el pensar" al padre que se halla con la muerte y con la pena que lo arrasa (III). Habla al hijo que fue y le dice: "Ya no tengo otro pensar que recordarte". Describe el único camino que está siguiendo, que no es otro que el de "morir sin verte", y le dice al hijo: "Por los largos caminos del misterio, / tu voz sin voz se atormentó en la nada / de la misma forma que me ahogo solo" (IV).

Desde la muerte del hijo, que sigue contemplando, vuelve la mirada a la vida pasada. Con un trazo genial describe la niñez del hijo: "Por donde ibas... Dios se repartía en un te quiero". Y agrega: "Y con tu muerte... se me arde el alma tan en vilo / que Dios se me ata cerca y por mí llora" (V). Esta íntima confidencia de un padre que llama desde lejos a su hijo es una joya poética: "Hijo del alma que te fuiste solo / por la árida estrechez de los misterios; / ven quietecito al alma de mi nido" (VI). Las dos metáforas que emplea, la del caminante solitario y la del ave que retorna al nido donde nació, son ciertamente muy apropiadas y bellas.

En el soneto VII describe la bondad, la generosidad y el amor luminoso de su hijo, Manolo, que se fue cuando el "resbalón de la noche llegó con la muerte", sin que esas dos grandes enemigas de la luz pudieran extinguir del todo el resplandor del alma del joven.

La muerte produce un cambio extraño en el mundo. Todo parece hablar de muerte. La muerte produce muerte. "La muerte al lado...me daba muerte...Por él y por mí la muerte lloraba" (VIII). Esta identificación con la muerte continúa. "Muerto estaba mi hijo en su frialdad densa / como frío está el corazón sin verlo" (IX). La muerte encontró al hijo "en la noble candidez de la inocencia" (X). El padre ve al hijo cuando de niño paseaba con la madre "contento", "libre". Así era, pero ahora "todo es recuerdo" (XI).

Del recuerdo del hijo cuando era niño pasa al recuerdo de su muerte. "Todo tenía sabor a dolor en aquel día". "La muerte iba por su escalera, iba y saltaba por el corredor". "La muerte vino a la cabecera". "Vi a Dios irse con su pena". "Sí, me expiré viéndolo irse" (XII). Esta impresionante personificación de la muerte la hace aparecer como una compañera inesperada de los vivos que les obliga a cambiar la visión de las cosas. El poeta descubre que se le "oscurecen las auroras", "hasta la voz se le rompe", "camina sin sentir", y "sueña que es él mismo" (XIII).

Solamente Dios sabe "los porqués de estas rarezas". Y, "sin saber por qué" el poeta "sigue andando" mientras "crucifica voz y duelo" (XIV). En este punto se vuelve a los amigos para decirles: "Cómo la vida aplaza los andares / y cómo la flor que muere se hace aire" (XV). Luego se dirige a Dios para confiarle ese dolor: "Mi hijo se me fue..." "sólo me queda su voz adormecida". Y le pide al Señor que lo salve del "horror de morir con los ojos en mí mismo" (XVI).

Sin embargo, el poeta sigue insistiendo en el recuerdo del hijo muerto. "Veía la faz

del hijo tras el postigo de luz cegada en vida". Le dice: "Mi alma anida un encuentro contigo y con tu mundo" para "verte con tu muerte" (XVII). Ve al hijo "con la cara yerta, muerta la voz". Le dice: "Rezar quisiera pero se ahoga la voz". "Sólo el sufrir con tu muerte dialoga" (XVIII). Es impresionante esta inmensa presencia de la muerte en estos versos austeros en los que hay momentos tan fuertes como éste: "Mi pensar... era un gesto airado ante su muerte mía". Y esta petición a Dios: "Dime, Dios amor,.../ el pero de su muerte" (XIX).

La cosmovisión del dolor, que había empezado en el soneto (XV) con el verso: "Ya no hay por los árboles pío, pío", se continúa en el soneto (XX) con estos otros versos: "Ya no tiene color la golondrina / ni el sol calienta, ni la fuente canta", que conducen al poeta a decir: "Su voz en muerte oigo...", "Me veo en muerte suya..." Esta cosmovisión del dolor se cierra cuando el poeta junta su dolor al dolor de la madre por la muerte del hijo. Juntos, el padre y la madre "lo levantan de la muerte y lo abrazan" (XXI). Pero el poeta sigue en la trayectoria del discurso de la muerte del hijo y exclama: "Contemplo absorto la realidad cierta / y me da la impresión que ya no vivo" (XXII).

Del campo de la cosmovisión de la muerte pasa, al final, a un campo de consideraciones más abstractas. "El alma en nebulosa que no quiere / grito opaco que va, entra en las edades / y el espíritu de las alas en bandadas" (XXIII). Le habla al hijo: "Mi alma, hijo, de tu luz se alza y me llena, / así tu risa... avanza en mis adentros... y suaviza la espina de mi pena" (XXIV). Luego el poeta se vuelve sobre sí mismo y agrega: "Busco en mi luz la sangre que te diera, / sólo el eco de la nada se me alza". Pero: "Tu vida en muerto... te aísla y te lleva de mi vera" (XXV). De este laberinto sale por la búsqueda de "la fe en el hijo ido". Se dice a sí mismo: "Me busco y lo rebusco en lo perdido, / me hallo y lo hallo, lo veo y me conforta..." (XXVI). Sin embargo, insiste hasta el final en su pena: "Tú te vas, yo me quedo... Por ojos de la muerte yo te fijo; / no me consuelo, Dios, con su partida./ Tendrás que llorar en mí, Dios amado" (XXVII). Y termina con la presencia de la madre: "Amor en tierna luz, palabra en vida/... En su querer de Madre ya se anida / hecho historia del niño quietecito /. La faz del hijo muerto está a su lado" (XXVIII).

Al recorrer los versos de esta segunda parte y comparar sus contenidos con los de la primera, el lector cuidadoso podrá notar la semejanza del recorrido ideológico que va, desde una posición oscura y amarga ante la muerte, hasta una concepción tranquila y luminosa, representada en "Los presentimientos" por la imagen de la muerte de Dios en la cruz, que lleva consigo el triunfo sobre la muerte. En la segunda parte las imágenes poéticas están constituidas por la transformación de la oscuridad de la noche de la muerte del hijo en la claridad del alma del hijo muerto, que renueva la fe del padre en la luz y en la gracia del hijo, y así llega hasta recuperar la fuerza de ánimo necesaria para superar el dolor de la ausencia del hijo, cuya imagen está continuamente al lado de la madre.

En la elaboración de esta paráfrasis de los *Sonetos de la muerte* me ha guiado el estudio de la doctora Estelle Irizarry, que sirve de prólogo a la edición de la Colección Raíz

y Verbo. Mi intención ha sido desarrollar la idea de considerar los *Sonetos de la muerte* como una tragedia clásica, tal como lo propone la profesora Irizarry, pero siguiendo paso a paso la línea del discurso poético, considerado como un monólogo dirigido a los amigos, y en el que el autor eleva sus palabras a Dios y al hijo muerto, como si fueran los interlocutores de la obra. De esta manera, el discurso poético despliega una cosmovisión original en que la muerte hace de protagonista contra la vida, pero es vencida por la fuerza de la luz que ilumina las oscuridades de la destrucción que trae el morir y presenta al hombre como el héroe que triunfa de su propio destino, en una lucha en la que se deja oír la voz de las tempestades, se ven los abismos de la destrucción, se siente el dolor universal por la desaparición de la vida, superados todos estos estragos por la firmeza de una cosmovisión espiritualista. En este gran drama... el poeta es el que encarna la voz de la humanidad mortal y caduca y hace presente el otro lado de la vida del hombre, por el que recibe la luz de lo divino y eterno, según las palabras de Cicerón, que son precursoras de la palabras de Jesús durante la crucifixión y la muerte en la Cruz, un drama sublime que hace cierto el mensaje de que "hay algo en nosotros mortal y caduco" y hay también "algo divino y eterno" que sostiene el amor, la fe y la esperanza ante el espectáculo de la muerte.

Fuentes

1.- AESCHYLI. *Septem quae supersunt tragoedias.* Page. Denys. Ed. Oxford: Typ. Clarendoniana. 1972.

2.- BETANZOS PALACIOS, ODÓN. *Sonetos de la muerte*. Estudio y prólogo de Estelle Irizarry. Rociana del Condado (Huelva). Fundación Odón Betanzos. 2000.

3.- CICERO, M. TULIUS. *De Republica, De Legibus, Somnium Scipionis*. Keyes-Cambridge. Cinton W. Ed. The Loeb Classical Library. Mass. Harvard University Press. 1967.

4.- QUINTILIANI, M. FABI. *Institutionis Oratoriae Libri Duodecim*. Winterbottom, M. Oxford. Typ. Clarendoniana. 1970.

5.- SEGRE, CESARE. *Introduction to the Analysis of Literary Text.* Bloomington. Indiana University Press. 1988.

6.- VALENCIA, GUILLERMO. *Obras poéticas completas.* Madrid. Aguilar. 1955.